

afecto con que trató a quienes amaba. Entre esos afectos figura el del lector, que intenta cautivar para su obra, según Marcial, injustamente valorada por la crítica.

El aspecto más positivo, a mi entender, del presente libro es el redescubrimiento de la figura de Marcial y una nueva valoración de su obra más allá de la máscara festiva. Por otro lado resaltaré, la grata sencillez de la redacción, la nitidez del planteamiento y el rigor y la sensatez mostrados en la interpretación. Se descubren así sugerentes facetas de la personalidad de Marcial y surgen interesantes cuestiones literarias que esperan ser debatidas e investigadas.

Universidad de Zaragoza

Alfredo ENCUESTRA ORTEGA
alfenc@unizar.es

JEAN-MARIE LASSÈRE, *Manuel d'épigraphie romaine*. Ed. J. Picard. París 2005, 2 tomos. 1.167 pp. ISBN: 2-7084-0732-5.

Parece muy evidente que la epigrafía latina ha captado el interés de gran número de estudiosos e investigadores durante los últimos años. En nuestro país aparece en casi todas las universidades como materia troncal u optativa, según los planes vigentes, dentro de las especialidades de Historia Antigua y Arqueología. Incomprensiblemente, no termina de entrar en los planes de estudio de Filología Clásica, donde sólo algún documento epigráfico es utilizado ocasionalmente para probar fenómenos fonéticos o morfológicos, o para ejemplificar algún estado de lengua en materias como «Latín vulgar» o «Historia de la lengua latina». Aparece, pues, este nuevo manual en un momento de auge de los estudios de la epigrafía latina.

El profesor seguía viendo como verdadera dificultad la de recomendar un manual completo y actualizado para que el alumno se adentrara por su cuenta en la materia, o completara la estudiada. Generaciones enteras de epigrafistas se han formado con un manual que sigue presente no sólo en todas las bibliografías de introducción a la disciplina, sino en las bibliotecas particulares de cuantos se quieren dedicar a ella: el clásico de R. Cagnat, *Cours d'épigraphie latine* (París 1888), cuya cuarta edición de 1914 (reimp. anastática. Roma 1976) sigue siendo utilizada como verdadero libro de cabecera, después de más de un siglo. Sin embargo, «le manuel de R. Cagnat [...] devrait être refait aujourd'hui sur un autre plan» había escrito L. Robert en 1961. Era, pues, precisa la aparición de una nueva obra, ya que los intentos que se han ido haciendo desde los años sesenta no han satisfecho totalmente (quizás el de I. Calabi Limentani en su última edición es uno de los más completos). Así *Initiation à l'épigraphie grecque et latine*, breve manual universitario a cargo de B. Rémy y F. Kayser (París 1999) es demasiado conciso; como también *Epigrafía latina* de P. Corbier (cuya traducción al español por M. Pastor incorpora varios ejemplos de inscripciones de Granada en apéndice. Granada 2004); *Epigraphic evidences. Ancient history from inscriptions*, colección de artículos a cargo de J. Bedel (Londres 2001), que no es propiamente un manual, sino una recopilación de trabajos sobre temas concretos relacionados con la Historia Antigua a partir de la epigrafía, tal y como el título sugiere; o bien los de P. López Barja, *Epigrafía latina* (Santiago de Compostela 1993) y A. Donati, *Epigrafía romana. La comunicazione nell'antichità* (Bolonia 2002), por citar algunos de los más representativos.

Con una orientación completamente distinta permanecerán la magistral obra de I. Di Stefano Manzella, *Mestiere di epigrafista* (Roma 1987), un clásico en su género que incide mucho más en las técnicas de elaboración de un epígrafe, instrumentos escriptorios, etc.; así como *Il lapicida romano* de G. C. Susini (Roma 1977).

Aparece, pues, ahora este manual de 1.167 páginas, presentado en dos tomos, del que debe destacarse no sólo el que sea mucho más completo que los anteriores, sino especialmente cómo distribuye todo el material empleado en capítulos; se trata de una obra muy bien estructurada. Destaquemos la ejemplificación con nada menos que 509 inscripciones de las que habría que valorar la información aportada de cada una: referencia bibliográfica, lugar de procedencia, descripción formal y dimensiones, transcripción, traducción, datación, y sobre todo el comentario. Esta última parte, el comentario detenido a cada inscripción constituye probablemente la aportación más enriquecedora de la obra. Ello la convierte en un instrumento de enorme utilidad no sólo para quien se inicia en el mundo de la epigrafía latina, sino para quien tiene ya un conocimiento de la misma. Añadamos aún que varias de estas inscripciones van acompañadas de su respectiva foto (142 en total), y en todo caso se da la referencia exacta donde encontrarla.

Parece que en la elaboración y redacción de sus páginas el autor ha tenido presentes algunos principios pedagógicos como «no dar nada por supuesto» o «hacer lo difícil fácil». Detrás de esta obra se deja ver la mano de un maestro, un profesor de Universidad que durante años ha ido comprobando las dificultades que los alumnos tienen para comprender determinados conceptos de la materia, y les brinda un instrumento para que superen esas dificultades.

El manual es desde luego una obra de madurez, perfectamente pensada, redactada no de una vez, sino poco a poco, y con constantes referencias cruzadas que dan idea de la trabazón con que se ha elaborado. Los datos que se ofrecen, sin embargo, con ser muchísimos, no se amontonan en sus páginas, sino que se organizan con gran coherencia. El manual no presenta —sorprendentemente— un apartado bibliográfico específico, sino que las distintas referencias van apareciendo al hilo de cada tema y de cada inscripción. Ello, que en un principio puede causar extrañeza, ahorra sin duda buen número de páginas a una obra de por sí voluminosa. Y una vez que se ha comenzado a utilizar, no se echa de menos.

Tras la introducción obligada sobre la historia de la epigrafía y el método del epigrafista, la obra se estructura en tres grandes partes: el individuo, la ciudad, el Estado, escapando así de la clásica división en tipos de inscripción. Toda la información se agrupa en esos grandes capítulos, haciendo de esta forma mucho más hincapié en el contenido de la inscripción que en el carácter de la misma. No encontramos, pues, un apartado específico para temas como epigrafía jurídica o *instrumenta domestica*, sino que la información que este tipo de documentos aporta se reparte conceptualmente por toda la obra, siempre con las referencias comprobadas y escrupulosamente citadas.

Dentro de la primera parte (el individuo) se incluye el sistema onomástico completo (estudiando los collares de esclavo, por ejemplo, a propósito de los esclavos), y las inscripciones de carácter privado, donde se analizan las etapas de la vida desde el nacimiento hasta la muerte (inscripciones funerarias). Importante referencia a los *carmina*, cuyo estudio completo ha de ver la luz próximamente en un nuevo volumen del *CIL* (XVIII). Se estudian aquí, entre otras muchas cosas, las inscripciones de carácter mágico. La inclusión de inscripciones judías, cristianas y medievales completa el panorama de otros manuales clásicos.

Dentro de la segunda parte (la ciudad) se estudian tanto las instituciones de los municipios como la vida material de las ciudades, y la vida social (colegios, espectáculos, evergetismo, vida religiosa con un apartado especial para el cristianismo). Capítulo importante es el de las profesiones, la producción (con un capítulo dedicado a la producción cerámica y otro al de los metales), y las actas privadas que incluyen las transacciones con documentos tan importantes como las *tabellae ceratae* de C. *Caecilius Lucundus* o los *ostraca*.

La inclusión dentro de la tercera parte de todo lo relativo al emperador con temas como la titulación del mismo, el culto imperial o la *damnatio memoriae* nos parece muy apropiada. Se estudian aquí las magistraturas, el *cursus honorum* en los distintos *ordines*, dentro de la República y el Imperio, teniendo muy en cuenta las cronologías, algo importantísimo para poder datar los documentos por criterios internos, y los textos oficiales del Estado, que es mucho más que los epígrafes jurídicos en bronce. Se incluyen en él también los textos sagrados oficiales, los calendarios, los catastros. Capítulo importante en esta parte es el dedicado al ejército, en el que se hace relación de todos los cargos que el epigrafista puede hallar en un epígrafe.

La obra excede por el contenido los límites de la epigrafía latina, y se convierte igualmente en un precioso instrumento para el conocimiento de tantos y tantos aspectos de la antigüedad latina: *realia*, Derecho romano, economía, sociedad, las profesiones, el ejército... Podría decirse, por ello mismo, que podría incluso servir como manual de instituciones romanas tomando la epigrafía como punto de partida. En esta misma línea, algo digno de resaltar es cómo Lassère ha salpicado su obra aquí y allá con diversas inscripciones griegas *ad res romanas pertinentes*.

Digamos algo, finalmente, de los apéndices, un anexo casi obligado en los manuales de epigrafía. El I, dedicado a los *Fasti Consulares*, abarca la lista de los cónsules desde el 509 a.C. al 541 d.C., a la que añade un doble listado: cónsules por orden alfabético de *nomina* y de *cognomina*, algo que facilitará su búsqueda. El apéndice II, dedicado a las titulaturas de emperadores desde César hasta Justiniano (49 a.C. - 565 d.C.), nos parece que aun ofreciendo una información objetiva y por ello mismo ya conocida, la presenta sin embargo de forma muy clara al colocar en columnas los distintos elementos que constituyen la titulación año a año y permite ver de esta forma de un golpe de vista la titulación completa correspondiente a un año (y mes a veces) concreto. El III, la lista de procuratelas ecuestres es una puesta al día de la establecida por H.-G. Pflaum en *Carrrières procuratoriennes équestres*, ausente en otros muchos manuales. El IV es una relación de funciones administrativas atribuidas a los libertos, sacado de G. Boulvert, *Domestique et fonctionnaire*. El V contiene un léxico de los principales términos institucionales griegos que aparecen en las inscripciones, papiros y algunos textos antiguos; el sexto corresponde al de las principales abreviaturas, un apéndice que suele aparecer en todos los manuales de epigrafía, al que se han añadido aquí algunas abreviaturas griegas presentes en inscripciones latinas y algunas abreviaturas de epigrafía cristiana y medieval. El VII, sin embargo, dedicado a las principales medidas, se queda quizás un poco corto.

A la obra, que nos parece impecable tanto en su realización como en su presentación, le encontramos no obstante alguna laguna. Si bien gran parte de los ejemplos son del norte de África, algo lógico e incluso esperado en un autor que ha trabajado fundamentalmente en esas provincias, y puesto que se trata de un manual actualizado debiera haber tenido en cuenta —creemos— algún ejemplo más de Hispania, cuyas tres provincias han proporcionado en los últimos veinte años piezas de extraordinario valor para el es-

tudio de la epigrafía latina. El autor ha utilizado la *Lex Irnitana*, pero se esperaría al menos la cita del sc. de Cneo Pisón padre, o del edicto de Bembibre. Se echa de menos, finalmente, en un manual tan actualizado una importante información sobre páginas web, archivos epigráficos on-line como los de las Universidades de Heidelberg (G. Alföldy) o Eichstätt (M. Klauss), algo imprescindible hoy pensando tanto en alumnos como en especialistas.

Universidad Autónoma de Madrid

Javier DEL HOYO
javier.delhoyo@uam.es

VITALINO VALCÁRCEL MARTÍNEZ y CARLOS PÉREZ GONZÁLEZ (eds.), *Poesía medieval (Historia literaria y transmisión de textos)*, Colección Beltenebros n.º 12, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Burgos 2005, 483 pp. ISBN: 84-934365-1-8.

Uno de los géneros donde la literatura medieval demostró una mayor originalidad y viveza fue la poesía, no sólo la escrita en latín, sino también en griego, árabe y, por supuesto, en las principales lenguas vernáculas europeas. Aunque son muchas las cosas que se han hecho en este inmenso campo de estudio, aun quedan otras no menos importantes, entre ellas, editar un buen número de composiciones que siguen encerradas en los manuscritos, reeditar según criterios más modernos otros textos y hacer traducciones que contribuyan a una mayor difusión de los mismos.

Como una contribución más al conocimiento de la poesía medieval se ha publicado este libro que reúne los trabajos presentados, de un lado, en la Euroconferencia del Workshop «Medieval Poetry and Digital Resources», celebrado en Burgos del 14 al 25 de julio de 2003, a los que se han añadido los procedentes de las «I.ªs Jornadas de la UBU sobre Literatura Medieval: La poesía medieval», que tuvieron lugar también en Burgos del 4 al 6 de noviembre del mismo año. Ambas reuniones fueron promovidas y organizadas por los profesores Vitalino Valcárcel (UPV-EHU), F. Stella (Università degli Studi di Siena) y Carlos E. Pérez González (UBU).

Se trata, en conjunto, de un total de quince contribuciones, que los editores han distribuido en tres bloques: las de «Historia Literaria», con seis trabajos dedicados a los principales géneros de la poesía medieval en las diversas literaturas europeas; las que se engloban bajo el epígrafe «Acerca de la transmisión y edición de los textos poéticos medievales», también con seis trabajos, de carácter más «técnico», de los que dos tienen que ver con la relación entre música y poesía y tres con el empleo de las nuevas tecnologías; en fin, el tercer apartado, «Otras cuestiones de poética medieval», con tres trabajos sobre otros aspectos de la poética medieval igualmente interesantes.

De los trabajos del primer grupo, el denominado «Poesía clasicista bizantina en los siglos X-XII: Entre tradición e innovación», de Juan Signes Codoñer, de la Universidad de Valladolid (pp. 19-66), es una aportación al conocimiento de un género, la poesía, hasta ahora relegado por los especialistas en bizantinística en beneficio de la prosa, centrado en el periodo de mayor efervescencia de la poesía en Bizancio, los siglos X-XII¹, en el

¹ El periodo comienza con la segunda y definitiva deposición de Focio como Patriarca en 886 y termina con la caída de Constantinopla en manos de los cruzados en 1204, lo que acarreó el derrumbe del